

Cuando algo le llega al alma, tiene una forma de quedarse parada en mitad de la habitación como el que está a punto de salir de viaje, lanzando miradas escrutadoras a su alrededor y deteniéndose en los objetos más familiares como si los viese por vez primera. Pude advertir que en presencia de Petrus, en la cocina, esa misma mañana más temprano, había mostrado una actitud como de estar ofendida con él o poco menos, como si se sintiera lastimada en lo más vivo..

De todos modos yo, francamente, ya no tengo tiempo ni ganas de indagar en todos esos detalles de nuestra existencia que Lericé quisiera que indagáramos, según adivino en sus ojos alarmados y apremiantes. Ella es mujer a quien no importa parecer fea o estrambótica; y dudo que le importase aunque supiera lo rara que está cuando una viva perplejidad le desencaja las facciones.

-Supongo que ahora me tocará a mí pringar con todos los trámites -dije.

Ella continuaba mirándome fijo, escudriñándome con esos ojos suyos... pero perdía el tiempo.

-Tengo que dar cuenta a las autoridades sanitarias -dije con calma-. No pueden enterrarlo por las buenas. Después de todo no sabemos de qué ha muerto.

Continuó inmóvil, sin decir palabra, como dándolo todo por perdido. Ni me veía ya, sencillamente. Creo que en mi vida me he sentido más irritado.

-Puede haber sido algo contagioso -aventuré-. Sabe Dios. No obtuve respuesta.

No me seducen nada los monólogos. Así que salí y di voces a uno de los muchachos que abriese el garage y tuviera listo el coche para mi viaje matinal a la ciudad.

Como me figuraba, todo se volvieron complicaciones. Tuve que avisar no sólo a las autoridades sanitarias, sino también a la policía, y responder a un montón de preguntas fastidiosas: ¿Cómo es que no sabía nada de la presencia del muchacho? Si no inspeccionaba los alojamientos de los nativos, ¿cómo sabía que tales cosas sucedían a menudo? Etcétera, etcétera. Cuando me harté y les dije que mientras mis nativos hicieran su trabajo no consideraba derecho ni asunto mío el meter las narices en sus vidas privadas, recibí del grosero y estólido policía una de esas miradas que no dimanan de un proceso intelectual del cerebro, sino de aquella facultad tan generalizada entre cuantos viven fanatizados por la teoría de la raza superior: una mirada llena de insensato y necio convencimiento. Me sonrió con una mezcla de desdén y regocijo por mi estupidez.

Después tuve que explicar a Petrus por qué las autoridades sanitarias tenían que llevarse el cadáver para la práctica de la autopsia, y también en qué consistía la autopsia. Cuando telefoneé al Departamento de Sanidad unos días más tarde para saber el resultado, me dijeron que la causa de la muerte fue, como habíamos supuesto, la pulmonía, y que habían procedido al traslado del cadáver. Fui entonces a ver a Petrus, que estaba preparando el pienso para las gallinas, y le dije que todo estaba arreglado y que no habría complicaciones; su hermano había muerto de un mal en el pecho. Petrus dejó en el suelo la lata y preguntó:

-¿Cuándo podremos ir por él, *baas*?

-¿Ir por él?

-Sí; ¿querría usted preguntar cuándo tenemos que ir?

Entré en la casa y me puse a llamar a Lericé por todas partes. Andaba en el piso de arriba, por los cuartos de huéspedes, y cuando bajé le dije:

-¿Y ahora qué hago? Cuando se lo he contado a Petrus, se ha limitado a preguntarme tranquilamente que cuándo pueden ir a recoger el cadáver. Creen que van a poder enterrarlo por su cuenta.

-Vaya, hombre; pues vuelve y explícaselo -dijo Lericé-. Tienes que explicárselo. ¿Por qué no se lo has explicado?

Volví para hablar con Petrus, que me escuchó cortésmente.

-Mira, Petrus -le dije-. No puedes ir a recoger a tu hermano. Ya lo han enterrado ellos; lo han enterrado, ¿entiendes?

-¿Dónde? -preguntó lenta, obtusamente, cual si pensara que quizá no había entendido bien.

-Verás, tu hermano era extranjero. Ellos sabían que no era de aquí; lo que no sabían es que tuviese familia en el país, de modo que creyeron su deber enterrarlo. -Era difícil, a un entierro de beneficencia, darle visos de privilegio.

-Por favor, *baas*, tiene usted que pedírselo. -Pero no quería decir con aquello que necesitaba saber dónde estaba enterrado el difunto. Ignoraba por completo la incomprensible maquinaria que, según le expliqué, se había puesto en marcha sobre su hermano muerto; lo único que él quería era que le devolviesen a su hermano.

-Pero, Petrus -le dije-, ¿qué puedo hacer yo? Tu hermano ya está enterrado. No puedo ir a reclamarlo ahora.

-¡Oh, *baas*! -exclamó. Permaneció inmóvil, las manos sucias de salvado caídas flácidamente a ambos costados, con una contracción nerviosa en la comisura de los labios.

-¡Pero por Dios bendito, Petrus, si no me van a hacer caso! Y aunque quisieran, no tienen atribuciones. Lo siento, pero no puede ser ¿Comprendes?

El seguía mirándome, persuadido de que los hombres blancos lo tienen todo, lo pueden todo; si no lo hacen, es porque no quieren.

Más tarde, durante la cena, atacó Lericé.

-Por lo menos podrías telefonar.

-Pero ¿quién crees que soy yo? ¿Es que esperas que devuelva la vida al muerto?

No había manera humana de sustraerme a la ridícula responsabilidad que habían cargado sobre mis hombros.

-Telefonéales -insistió ella-. En último extremo siempre podrás decirle que has puesto todo de tu parte y te han explicado que es imposible.



Después del café, Lerice se fue para la cocina. Al rato volvió y me dijo:

-El padre viene de Rhodesia para asistir al entierro. Ha conseguido un salvoconducto y ya está en camino.

Desgraciadamente, no era imposible conseguir la devolución del cadáver. Las autoridades dijeron que la cosa era un tanto irregular, pero teniendo en cuenta que se habían cumplido debidamente todos los requisitos higiénicos, no podían negar su permiso a la exhumación. Calculé que con los derechos de la funeraria vendría a costar todas unas veinte libras. Bueno, pensé, ya está solucionado. Petrus gana cinco libras al mes. ¿Cómo va a disponer de veinte? Y aunque las tenga, poco puede hacer con ellas en favor del muerto. Y desde luego yo no voy a ofrecérselas. Hubiese gastado veinte libras -o cualquier otra cantidad razonable para el caso- sin refunfuñar demasiado en médicos o medicinas que pudieran haber valido al muchacho cuando aún vivía. Una vez muerto, no tenía la menor intención de animar a Petrus para que tirase por la ventana como si tal cosa más de lo que gastaba en vestir a su familia en un año.

Cuando se lo participé en la cocina, esa misma noche, dijo él:

-¿Veinte libras?

-Sí, exactamente, veinte libras -repetí yo.

Por un momento, viendo la cara que ponía, creí que estaba haciendo cálculos. Pero cuando habló de nuevo, pensé que debía habérmelo figurado.

-¡De modo que hay que pagar veinte libras! -dijo con esa voz abstraída con que se habla de algo tan inasequible que ni siquiera se molesta uno en pensarlo.

-Como lo oyes, Petrus -repose, y me volví al cuarto de estar. A la mañana siguiente, antes de marchar a la ciudad, Petrus dijo que quería verme.

-Por favor, *baas* -titubeé, alargándome un fajo de billetes con visible embarazo. Están tan poco acostumbrados a dar, en lugar de recibir, que no aciertan a entregar dinero a un hombre blanco. Pero allí estaban las veinte libras, en billetes de una y de media, algunos arrugados y doblados, pringosos como harapos sucios, otros suaves y bastante nuevos: el dinero de Franz, supongo, y el de Albert, y y el de Dora la cocinera, y el de Jacob el jardinero, y Dios sabe de cuántos más de todas las granjas y pequeñas haciendas del contorno. Aquello, más que sorprenderme, me irritó, produciéndome un verdadero desasosiego el despilfarro y la inutilidad de tal sacrificio en gentes tan pobres. Como los pobres de todas partes, pensé, que se privan de todo en la vida con tal de que no les falten los lujos de la muerte. Algo incomprensible para personas como Lerice y yo, convencidos de que la vida debe vivirse con prodigalidad, y si en algún momento pensamos en la muerte, la consideramos la bancarrota definitiva.

Los criados no trabajan los sábados por la tarde, de modo que era un buen día para el entierro. Petrus y su padre nos habían pedido prestados los borricos y el carro para traer el ataúd de la ciudad, donde, según dijo Petrus a Lerice a su regreso, todo había ido "de maravilla": El féretro les estaba esperando, ya cerrado para que no sufrieran una visión sin duda bastante desagradable, al cabo de las dos semanas transcurridas desde la inhumación. (Pues dos semanas habían tardado las autoridades y la funeraria en ultimar los preparativos para el traslado del cadáver.) Toda la mañana permaneció el féretro en la cabaña de Petrus en espera del viaje hacia el pequeño cementerio

situado junto a la linde oriental de nuestra granja, reliquia de los tiempos en que esto era un verdadero distrito agrícola más que una elegante finca campestre. Fue pura casualidad que yo estuviese abajo, junto a la cerca, cuando pasó el cortejo; Lerice había vuelto a olvidar la promesa que me tiene hecha de no volver la casa inhabitable los sábados por la tarde. Cuando llegué de la ciudad me la encontré con unos pantalones viejos y mugrientos, y sin peinar desde la noche anterior, después de haber raspado todo el barniz del suelo del cuarto de estar, sin más ni más. De modo que, todo furioso, agarré un palo de golf y salí a practicar un poco.

Con el disgusto, me había olvidado por completo del entierro y no me acordé hasta que vi venir el cortejo hacia mí por el sendero que bordea la cerca: desde donde yo estaba se veían las sepulturas con toda claridad, y ese día precisamente reverberaba el sol en diversos fragmentos de cacharros rotos, una cruz casera desvencijada y varios tarros renegridos llenos de agua de lluvia y flores secas.

Pasé mi poco de apuro, sin decidirme ni a seguir pegando a mi pelota de golf ni a suspender el juego, al menos mientras no se hubiese alejado lo suficiente la comitiva fúnebre. El carretón crujía y rechinaba a cada vuelta de las ruedas, avanzando con una marcha lenta y renqueante que se avenía bien con la pinta de los dos pollinos que lo arrastraban, despeluzadas por el roce las pequeñas panzas peludas, hundidas las cabezas entre las varas y amugadas las orejas con aire de sumisión y encogimiento; todo a tono también con el grupo de hombres y mujeres que lentamente los seguían. El paciente asno. Creo que, observándolo, se comprende la razón de que este animal llegara a ser un símbolo bíblico. Mientras tanto, el cortejo llegó a mi altura y se paró, y yo tuve que dejar mi palo de golf. Saçaron el ataúd del carro -era de madera reluciente, barnizado de amarillo como los muebles baratos- y los asnos comenzaron a espantarse las moscas con las orejas. Petrus, Franz, Albert y el anciano padre llegado de Rhodesia cogieron el ataúd en hombros, y el cortejo siguió su camino a pie. Fue un momento de veras peliagudo. Yo me mantenía junto a la cerca como embozado, en absoluta inmovilidad; y muy despacio, sin mirar, pasaron los cuatro hombres doblados bajo el peso del féretro de madera barnizada, y detrás, rezagados, los demás asistentes al duelo. Todos ellos eran criados de la casa, o de las haciendas vecinas, a quienes conocía por haberlos visto de charla con los nuestros en el campo o en la cocina. Se oía el resuello del anciano.

Me acababa de agachar para recoger mi palo de golf cuando sobrevino una especie de conmoción en el fluir ponderado y solemne del cortejo; la sentí de inmediato, como una oleada de calor en el aire, o como una de esas corrientes frías que nota uno en las piernas cuando se baña en un raudal apacible. La voz del viejo murmuraba no sé qué; la gente se había parado, confundida; se empujaban unos a otros, quiénes pugnando por seguir adelante, quiénes siseándoles que no se movieran. Vi muy bien que estaban todos desconcertados, pero no podían desoír aquella voz; así las palabras oscuras de un profeta, aunque incomprensibles al principio, cautivan siempre el ánimo. El lado del ataúd que le tocaba cargar al viejo habíase vencido por una punta; como si el hombre quisiera deshacerse de la carga. Petrus le reconvenía.

El chiquillo que había quedado al cuidado de los asnos soltó los ramales y corrió a mirar. No sé por qué -como no fuera por la misma razón que la gente se agolpa en torno al que se ha desmayado en el cine-, pero es el caso que separé los alambres de la cerca y me llegué hacia el grupo.

Petrus levantó los ojos hacia mí -creo que hacia cualquiera que se hubiese acercado- con angustia y horror. El anciano de Rhodesia había soltado por completo el ataúd, y los otros tres, incapaces de sujetarlo ellos solos, lo depositaron en el suelo, en el mismo senda. Una fina capa de polvo empañaba ya tenuemente su brillante superficie. No entendía yo lo que el anciano decía, y tampoco me decidía a intervenir. Pero todo el grupo bullicioso aguardaba expectante a que rompiera



el silencio. El propio anciano se me acercó y me interpeló directamente, diciendo algo que no comprendí, pero debía de ser sorprendente y extraordinario, a juzgar por el tono en que eran pronunciadas las palabras.

-¿Qué pasa, Petrus? ¿Qué sucede? -inquirí.

Petrus extendió las manos, dio unas cuantas cabezas histéricas, y luego, de pronto, alzó la vista y me miró.

-Pues dice: "Mi hijo no pesaba tanto".

Silencio. Hacíaseme perceptible el jadeo del anciano, que tenía la boca entreabierta como suelen los viejos.

-Mi hijo era joven y delgado -explicó al fin en inglés.

Volvió a reinar el silencio. Luego prosiguieron los murmullos. El viejo despotricaba contra todo el mundo; sus dientes eran pocos y amarillos, y lucía uno de esos magníficos bigotes grises, poblados y caídos, que no se ven ya mucho en estos días, y que se había dejado crecer en recuerdo de los primeros fundadores del Imperio. Parecía revestir todas sus expresiones de una especial solemnidad, quizá sólo por ser el símbolo de la tradicional prudencia de los años -idea tan terriblemente arraigada que todavía entraña algo pavoroso, de más allá de la razón. Consiguió conmover a todos; pensaron si estaría mal de la cabeza, pero no tuvieron más remedio que escucharle. Con sus propias manos, comenzó a tantear la tapa de la caja, pretendiendo levantarla, y tres hombres se adelantaron a ayudarlo. Entonces se sentó en el suelo, y allí fue de verle, tan viejo, tan débil, que no acertaba ni a hablar, limitándose a levantar su mano temblorosa hacia lo que tenía delante. Renunciaba. Se lo dejaba a los demás. Ya no tenía fuerzas.

Todos se agolparon para mirar (y yo también), y todos olvidaron la índole de la sorpresa y la ocasión de pesadumbre en que se originaba, y por unos instantes sintieron transportados por la grata estupefacción de la sorpresa misma. Todos gesticulaban y se excitaban ruidosa y animadamente. Aún tuve tiempo de observar al chico que se había hecho cargo de los asnos saltando en todas direcciones, casi llorando de rabia, porque las espaldas de los mayores le impedían disfrutar del espectáculo.

En el ataúd yacía un sujeto que nadie había visto jamás: un indígena de constitución robusta y piel bastante clara, con el costurón de una cicatriz bien marcado en su frente: reliquia quizá del golpe recibido en una pelea en la que hubiera sufrido también otras heridas de efectos más graves y tardíos, causa probable de su muerte.

Una semana me pasé discutiendo con las autoridades a propósito del cadáver. Tuve la impresión de que estaban consternados -es lo menos que se puede decir- por su propio error; más con la confusión que aquel muerto anónimo representaba no acertaban a poner las cosas en claro. "Estamos haciendo lo posible por encontrarlo", me aseguraban, y "Continuamos indagando". Parecía como si en el momento menos pensado fueran a llevarme al depósito y a decirme: "¡Vamos!, levante las sábanas; a ver si encuentra al hermano del encargado de su gallinero. Hay tantas caras negras... ¿no será uno de estos?"

Y todas las tardes, al volver a casa, Petrus me estaba esperando en la cocina.

-Continúan buscando. No lo han olvidado. El *baas* está pendiente de tu asunto, Petrus -le decía.

-Diablos, el tiempo que debía estar en la oficina me lo paso dando vueltas por la ciudad, investigando el asunto -confesé a Leriche cierta noche, en un aparte.

Ni Petrus ni ella apartaban de mí los ojos mientras les hablaba, y cosa extraña, en esos momentos los veía exactamente iguales, por imposible que parezca: mi esposa con su frente despejada y blanca y su talle delgado de mujer inglesa, y el mozo del gallinero con los curtidos pies descalzos asomándole de los pantalones caqui, que llevaba amarrados con cuerdas bajo las rodillas, y el peculiar tufo a sudor que brotaba abundante de su piel..

-¿Y por qué tan indignado y tan resuelto ahora? -me preguntó Leriche de repente.

Clavé los ojos en ella.

-Es cuestión de principios. ¿Por qué se han de salir siempre con la suya? Ya es hora de que estos funcionarios den con alguien que les obligue a moverse.

-¡Vaya, hombre! -exclamó.

Y cuando Petrus, en vista de que la conversación no era ya de su incumbencia, abrió despacio la puerta para marcharse, ella se largó también.

Continué sosteniendo las esperanzas de Petrus, una tarde tras otra, pero a pesar de decirle siempre lo mismo, y con la misma voz, la verdad es que sonaba cada más débil. Al final se hizo evidente que jamás conseguiríamos encontrar al hermano de Petrus, ya que nadie sabía en realidad donde estaba. Quizá en algún cementerio uniforme como el plano de un edificio, con un número equivocado, o acaso en la Facultad de Medicina, reducido laboriosamente a secciones de músculo y tiras de nervio. Dios sabe. Un ser sin identidad alguna en el mundo.

Fue entonces cuando, con voz avergonzada, me pidió Petrus que consiguiese la devolución del dinero.

-Por la manera de decirlo parece como si estuviera robando a su hermano muerto -comenté con Leriche más tarde. Pero como ya he dicho, Leriche había tomado el asunto tan a pecho que no era capaz de apreciar ni un asomo de ironía.

Intenté que me devolvieran el dinero; Leriche también. Ambos telefoneamos, y escribimos, y discutimos; pero no conseguimos nada. Al parecer el gasto más importante había sido el de la funeraria, que al fin y al cabo había hecho su trabajo. Total, que fue como haber tirado el dinero: un dispendio para los pobres diablos aún mayor de lo que yo imaginara.

El viejo rhodesiano venía a tener aproximadamente la talla del padre de Leriche, de modo que le regaló un traje usado de su padre, y el infeliz volvió a su casa mucho mejor, por ser invierno, de como había venido.